

182. *Lógica grosera.*—Se dice de un hombre, con profundo respeto: «¡Es un carácter!» Si, si despliega una lógica grosera, una lógica que salta á la vista menos péspicaz. Mas si se trata de un espíritu más sagaz y más profundo, consecuente á su manera, que es la manera superior, los espectadores niegan la existencia del carácter. Por eso los hombres de Estado astutos representan su comedia con la careta de una consecuencia vulgar.

183. *Viejos y jóvenes.*—«La existencia de los Parlamentos tiene algo de inmoral — pensarán algunos—, pues en ellos hay derecho á exponer opiniones en contra del gobierno. Debemos profesar acerca de las cosas la opinión que mande nuestro amo y señor.» Este es el oncenio mandamiento de algunos cerebros anticuados, que se encuentran principalmente en la Alemania del Norte. Nos reimos de ello como de una moda caída en desuso, mas en otro tiempo esa era la moral. Acaso llegará día en que se rían las gentes á su vez de la moral que profesa la generación joven, cuya educación es parlamentaria, es decir, de esa moral que consiste en sobreponer la política de los partidos al criterio personal, y juzgar de cada cuestión que afecte al bien público según el viento que hincha las velas del partido. «Hay que tener acerca de esto la opinión que exige la situación del partido.» Esta es la fórmula de ese parecer. Y en obsequio á semejante moral se hace, sin embargo, toda clase de sacrificios, incluso la victoria sobre sí mismo y el martirio.

✓ 184. *El Estado de los socialistas.*—En los países sujetos á la disciplina civil, quedan siempre rezagados que se resisten á ella, los cuales engrosan las filas socialistas

con más facilidad que en cualquier otra parte. Si ellos llegaran algún día á hacer leyes, puede tenerse por seguro que pondrían cadenas de hierro y practicarían una disciplina terrible: se conocen. Y soportarían estas leyes pensando en que se las habían dado á sí mismos: el sentimiento del poder, de esa clase de poder, es demasiado reciente y demasiado halagüeño para ellos para que todo lo sufran por él. >

185. *Mendigos.*— Hay que suprimir los pordioseros. Nos enfadan cuando les damos limosna y nos enfadan también cuando no se la damos.

186. *Los hombres de negocios.*— Vuestros negocios, que son vuestras mayores preocupaciones, os tienen atados al lugar donde residís, á vuestra sociedad, á vuestros gustos. Embebidos en los negocios, mas perezosos en lo tocante á la inteligencia, satisfechos de vuestra deficiencia, con el delantal del deber prendido á esa satisfacción, así vivís y así queréis que vivan vuestros hijos.

187. *Un porvenir posible.*—¿No podemos imaginar un estado social en que el malhechor se declarase culpable á sí mismo y se impusiera públicamente la pena, con el orgullo de honrar la ley que á sí mismo se dictaba, y de ejercer al castigarse, un poder, poder de legislador? De esta suerte podría caer, pero con su castigo voluntario se levantaría de la bajeza del delito, y no sólo borraría su culpa, sino que con su franqueza, su grandeza de alma y su tranquilidad produciría un beneficio público. Un criminal así sería el delincuente de un porvenir posible, que supondría como condición la existencia de una legislación futura, cuyo

pensamiento fundamental fuese éste: «No me someto á más ley que la que yo mismo he promulgado, para todos los negocios grandes y pequeños.» ¡Cuántas tentativas hay que deberían hacerse! ¡Cuántos *porvenires* que deberían ser sacados á luz!

188. *Embriaguez y nutrición.*— Los pueblos se engañan, porque buscan siempre un impostor, que es como un vino excitante que despierte sus sentidos. Con tal de tener ese vino, se contentan con pan mediano. Estimán más la embriaguez que la nutrición, y aquélla es el anzuelo con que siempre se dejan coger. ¿Qué son para ellos los hombres distinguidos de su clase, aunque sean los más autorizados especialistas, al lado de los brillantes conquistadores y de las antiguas y suntuosas dinastías de príncipes? Para triunfar, necesitaría el hombre del pueblo abrirles perspectivas de conquistas y de pompa; quizá así confiarían en él. Los pueblos obedecen siempre y van más lejos todavía de la obediencia, con tal de poder embriagarse. Ni siquiera se les puede ofrecer el placer sin la corona de laurel y la fuerza que simboliza esa corona, fuerza que les enloquece. Pero el gusto plebeyo que aprecia más la embriaguez que la nutrición, no tiene su origen en las capas profundas del populacho: ha sido llevado y trasplantado allí para crecer tardíamente, pero con abundancia; procede de las inteligencias más elevadas, en las cuales floreció durante millares de años. El pueblo es ya el último terreno inculto en que puede prosperar todavía esa embriaguez. ¿Y es al pueblo á quien se quiere entregar la política? Será para que satisfaga su embriaguez cotidiana.

✓ 189. *La política grande.*— Sea cualquiera la parte que

tomen en la política grande el utilitarismo y la vanidad de individuos y pueblos, la fuerza más eficaz que les arrastra es la necesidad de poder que brota de tiempo en tiempo de inagotables manantiales, no sólo en el alma de los príncipes y de los poderosos, sino también, y no en proporción escasa, en las capas inferiores del pueblo. Siempre llega de nuevo una hora en que las multitudes están dispuestas á sacrificar su vida, su riqueza, su conciencia y su virtud para conseguir ese supremo deleite de reinar como nación victoriosa y tiránica sobre otras naciones, ó al menos figurarse que reinan. Los instintos de prodigalidad, de sacrificio, de esperanza, de fe, de audacia extraordinaria, de entusiasmo, brotan entonces tan abundantemente, que el soberano ambicioso ó previsor y prudente puede aprovechar el primer pretexto para una guerra y hacer que su injusticia parezca caso de conciencia al pueblo. Los grandes conquistadores han empleado siempre el lenguaje patético de la virtud y tuvieron siempre alrededor masas exaltadas que no querían oír otros discursos que los exaltados. ¡Locura singular de los juicios morales! Cuando el hombre tiene el instinto del poder, se cree y se declara bueno; pero los demás sobre los cuales ha de extender su poder, le llaman entonces malvado. Hesíodo, en su fábula de las Edades humanas, pinta dos veces sucesivas la misma época, la de los héroes de Homero, y así de una sola época hace dos. Mirada por los que se hallaban sujetos á una opresión espantosa, á la ley de bronce de aquellos héroes aventureros de la fuerza, ó que había oído hablar de esa sujeción á sus antepasados, aquella época era mala, mas los descendientes de aquellas generaciones caballerescas, veneraban dicha época como los buenos tiempos pasados, casi como una edad de bienaven-

turanza. Por eso el poeta no tuvo otro medio de resolver la dificultad que el que empleó; pues probablemente tenía un público compuesto de las dos clases de personas.

190. *La antigua cultura alemana.*—Cuando los alemanes empezaron á despertar interés en los demás pueblos de Europa—no hace mucho tiempo—, fué gracias á una cultura que hoy no poseen, que han desechado ciegamente como si fuese una enfermedad, y sin saber sustituirla con cosa mejor que la locura política y nacional. Verdad es que así han conseguido llamar mucho más la atención de los demás pueblos que antaño con su cultura; dejémosles esta satisfacción. Con todo, es innegable que la cultura alemana engañó á los europeos, pues no era digna ni de ser imitada, ni del interés que despertó, y menos todavía de que se tomara de ella cuanto se ha tomado á porfía. Informémonos hoy acerca de Schiller, de Guillermo de Humboldt, de Schleiermacher, de Hegel, de Schelling; léase su correspondencia, penétrese en el amplio círculo de sus adeptos, ¿qué es lo que hallamos en ellos de común, qué es lo que nos impresiona, dada nuestra manera de ser, unas veces de un modo insoportable, otras de un modo conmovedor y lastimoso? Por una parte la fiebre de parecer á todo trance moralmente impresionados, por otra el deseo de una universalidad brillante y sin solidez, así como el propósito preconcebido de verlo todo de color de rosa (los caracteres, las pasiones, las épocas, las costumbres). Desgraciadamente ese *color de rosa* provenía de un vago mal gusto que se vanagloriaba de ser de procedencia griega. Es un idealismo suave, bonachón, de reflejos argentinos, que ante todo quiere tener actitud y acentos noblemente simu-

lados, una cosa tan inofensiva como pretenciosa, llena de cordial aversión hacia la realidad, *fría ó seca*, contra la anatomía, contra las pasiones completas, contra toda clase de continencia y de excepticismo filosófico y en particular contra el conocimiento de la naturaleza, desde el instante en que deja de ser útil para algún simbolismo religioso. Goethe asistió á su modo á estas agitaciones de la cultura alemana, colocándose á la parte de fuera, resistiendo con suavidad y silenciosamente, y afirmándose en seguir el camino mejor que había emprendido. También asistió Schopenhauer un poco después—según el cual buena parte del mundo verdadero y de las diabluras del mundo se volvieron nuevamente visibles, y él habla de ellas con tanta poesía como entusiasmo, pues en esas diabluras había bellezas.—¿Qué es lo que sedujo á los extranjeros, lo que impidió que hicieran lo que Goethe y Schopenhauer, ó sencillamente que mirasen á otro lado? Era ese tono mate, esa enigmática luz de vía láctea que brillaba en torno de la cultura alemana y que hacía que los extranjeros dijese: «Aquí hay algo que está muy lejos, mucho, de nosotros, á que no alcanzan la vista, el oído, el entendimiento, el sentido del deleite y del cálculo, pero con todo eso pueden ser astros. Acaso los alemanes han descubierto poquito á poco un rincón del cielo y se han instalado en él. Hay que ver de aproximarse á los alemanes.» Y se acercaron á ellos, cuando poco tiempo después los mismos alemanes comenzaron á tomarse el trabajo de desprenderse de ese resplandor de vía láctea. Bien sabían ellos que no habían estado en el cielo, sino en una nube.

191. *Hombres mejores.*—Dicen que nuestro arte se dirige á los hombres del presente, ansiosos, insaciables, in-

dómitos, hastiados, atormentados, y les muestra las imágenes de la beatitud, de la elevación, de la sublimidad junto á la imagen de su propia fealdad, á fin de que por un momento consigan el olvido y respiren libremente, y aun acaso saquen de ese olvido un estímulo para la fuga y la conversión. ¡Pobres artistas consemejante público y con tales designios de sacerdote y de médico alienista! ¡Cuánto más dichoso era Corneille, el *gran Corneille*, como decía Mad. de Sevigné, con el acento de la mujer ante un hombre completo, y cuán superior el público de Corneille, al que se podía hacer bien con las imágenes de la virtud caballerescas, del austero deber, del sacrificio generoso, de la heroica disciplina de sí mismo! ¡De qué distinto modo que ahora amaban uno y otro la existencia! ¡No la concebían como creada por una voluntad ciega é inculta, á la que se maldice ya que no sabemos destruirla; amaban la existencia como una morada en que pueden coexistir la grandeza y la humanidad, y en que ni la mayor opresión en las formas, ni la sumisión á la voluntad del príncipe ó del poder eclesiástico pueden ahogar el orgullo, ni los sentimientos caballerescos, ni la gracia, ni el ingenio de todos los individuos, sino que constituyen un encanto más y un aguijón para crear el contraste con la soberanía y la nobleza de sangre, con el poder hereditario del querer y de la pasión!

192. *Deseamos adversarios perfectos.*—No se les puede negar á los franceses que han sido el pueblo más cristiano de la tierra, no porque en Francia la devoción de las masas haya sido mayor que en otras partes, sino porque las formas más difíciles de realizar del ideal cristiano han encarnado allí en hombres y no han quedado en el estado de conceptos, de intenciones,

de imperfectos bocetos. Véase Pascal, el más grande de todos los cristianos en la unión del fervor, del talento y de la lealtad, ¡y hay que ver cuántas cosas es menester conciliar en esa suma! Véase Fenelón, la expresión más perfecta y seductora de la cultura cristiana bajo todas sus formas, un término medio sublime que nos da la tentación de negar su posibilidad como historiadores y que en la realidad fué una perfección infinitamente difícil é inverosímil. Véase Mad. de Guyon entre los quietistas franceses. Todo cuanto la elocuencia y el fuego del apóstol San Pablo trató de adivinar cerca del estado de semidivinidad del cristiano, el estado más sublime, más amante, más silencioso, más extático, es una verdad en ella, que se despoja de la importunidad judía hacia Dios de que da muestras San Pablo, rechazándola con la ingenuidad de la palabra y del ademán, ingenuidad verdaderamente femenina, sutil, distinguida y muy francesa de aquella época. Véase el fundador de la Trapa, el último que tomó en serio el ideal ascético cristiano, y no porque fuera una excepción entre los franceses, sino siendo, al contrario, un verdadero francés, pues hasta el presente su sombría orden no ha podido aclimatarse y prosperar más que entre los franceses, á quienes siguió á la Alsacia y á la Argelia. No olvidemos á los hugonotes; no ha habido después de ellos más hermosa unión del espíritu guerrero y del amor al trabajo, de las costumbres refinadas y de la austeridad cristiana. Véase, por último, Port-Royal, donde asistimos á la última eflorescencia de la alta erudición cristiana, y estos florecimientos en ninguna parte los entienden los grandes hombres como en Francia. Lejos de ser superficial, un gran francés tiene, sí, su superficie que rodea su fondo y su profundidad, mientras que la profundidad de un

gran alemán, generalmente está encerrada en una redoma de extraña forma, como un elixir al que se quiere preservar, en un recipiente duro y estrambótico, de la luz del día y de manos aturdidas. Adivínesse después de esto por qué aquel pueblo que poseyó los tipos más acabados de cristiandad engendró también necesariamente los tipos contrarios, más acabados también, del librepensamiento anticristiano. El librepensador francés ha tenido que luchar en su fuero interno con grandes hombres de verdad y no sólo con dogmas, y con sublimes abortos como los librepensadores de otros países.

193. *Ingenio y moral.*—El alemán, que posee el secreto de ser aburrido teniendo ingenio, saber y sentimiento, y que se ha acostumbrado á considerar moral el aburrimiento, experimenta delante del ingenio francés un como miedo de que éste saque los ojos á la moral, miedo semejante al temor y á la alucinación del pajarillo delante de la serpiente de cascabel. Entre los alemanes célebres, acaso fué Hegel el que tuvo más ingenio, pero tenía un miedo tan grande y tan alemán al ingenio, que esto hizo muy defectuoso su estilo. Lo característico de ese mal estilo consiste en envolver un núcleo y seguir envolviéndole más y más hasta que apenas se transparente y pueda aventurar una mirada curiosa y avergonzada, «como la mirada de una mujer joven al través de su velo», empleando la frase de Esquilo, aquel antiguo enemigo de las mujeres. Ese núcleo es una salida ingeniosa, impertinente á veces, sobre un asunto muy intelectual; una combinación de palabras sutil y atrevida, propia de una reunión de pensadores; un entremés de la ciencia, mas presentado entre tanto farrago, resulta una ciencia abstrusa y produce el más completo aburrimiento. Los alemanes ven en eso una

forma lícita del ingenio y gozan tanto con ella, que la clara inteligencia de Schopenhauer se quedó estupefacta, y toda su vida tronó contra el espectáculo que daban los alemanes, sin acertar nunca á explicárselo.

194. *Vanidad de los maestros de moral.*—El éxito mediano que han conseguido los maestros de moral se explica por el hecho de que querían demasiadas cosas á la vez, es decir, que eran demasiado ambiciosos y se perecían por dictar preceptos para todo el mundo. Pero esto es como errar en el vacío ó echar sermones á los animales para convertirlos en hombres; nada tiene de extraño que los animales se aburran. Es menester trazarse círculos de acción limitados é investigar y fomentar la moral dentro de ellos, por ejemplo, á los lobos hablarles para que se vuelvan perros. Con todo, el mayor triunfo suele ser el de aquel que no quiere educar á todo el mundo ni á un círculo restringido de personas, sino que se limita á un solo individuo, sin mirar á la derecha ni á la izquierda. El siglo pasado es precisamente superior al nuestro porque tuvo tantos hombres educados individualmente, y educadores en proporción, que habían hecho de ello la misión de su vida, lo cual les daba dignidad ante sí mismos y ante la sociedad.

195. *Lo que se llama educación clásica.*—Descubrir que nuestra vida está consagrada al conocimiento y que la malgastáramos, ó mejor, que la habríamos malgastado, si esa consagración no nos defendiese contra nosotros mismos; repetir frecuentemente con emoción estos versos:

Destino, te sigo. Y aunque no quisiera
Me sería forzoso hacerlo aun á costa de lágrimas.

Y luego, volviendo atrás en el camino de la vida, descubrir también que hay algo irreparable en la disipación de nuestra juventud; pues nuestros maestros no emplearon esos años, fogosos y ávidos de saber, en conducirnos en busca del conocimiento de las cosas, sino que los emplearon en la educación clásica. ¡Qué despilfarro el de nuestra juventud, cuando se nos inculca con tan bárbara torpeza un saber imperfecto relativo á los griegos y á los romanos y á sus idiomas, procediendo en contra de aquel principio superior de toda cultura, según el cual, no hay que dar un alimento más que al que tenga hambre de él! ¡Qué despilfarro cuando se nos imponen á la fuerza las matemáticas, en lugar de llevarnos primero á la desesperación de la ignorancia y reducir nuestra vida cotidiana, nuestros movimientos y todo lo que sucede desde la mañana á la noche, en el taller, en el cielo y en la naturaleza á millares de problemas, problemas atormentadores, humillantes, irritantes, para mostrar entonces á nuestro deseo que necesitamos, ante todo, de un saber matemático y mecánico y transmitirnos en seguida aquel primer encanto científico que nos proporciona la lógica absoluta de esta clase de saber! ¡Que no nos hayan enseñado siquiera el respeto á estas ciencias! ¡que no hagan estremecerse de emoción nuestra alma siquiera una vez ante las luchas, las derrotas y los nuevos combates de sus grandes hombres, ante ese martirologio que forma la historia de la ciencia pura! Al revés, sentíamos cierto desprecio hacia las ciencias verdaderas y teníamos en más los estudios históricos, la «instrucción adecuada para desarrollar el ingenio» y el «clasicismo». ¡Nos hemos dejado engañar tan fácilmente! ¡Instrucción adecuada para desarrollar el ingenio! Hubiéramos podido seña-

lar con el dedo á los mejores profesores de nuestros institutos ó gimnasios, y preguntar riendo: «¿Dónde está la instrucción adecuada para desarrollar el ingenio? Y si falta ¿cómo podrán enseñarla los que carecen de ella?» «¿Y el clasicismo?» ¿Hemos aprendido algo de lo que los griegos enseñaban á la juventud; hemos aprendido á hablar como ellos, á escribir como ellos? ¿Nos hemos ejercitado sin descanso en la esgrima de la conversación, en la dialéctica? ¿Hemos aprendido á movernos como ellos, con arrogancia y belleza, y á sobresalir en la lucha, en los juegos, en el pugilato, como ellos? ¿Hemos aprendido algo del ascetismo práctico de los filósofos griegos? ¿Nos hemos ejercitado en una sola de las virtudes antiguas á la manera que se ejercitaban los antiguos? ¿No carece nuestra educación entera de meditaciones acerca de la moral y más todavía de la única crítica posible de ésta, de las tentativas animosas de vivir con arreglo á ésta ó aquella moral determinada? ¿Provoca en nosotros esa educación algún sentimiento que los antiguos tuviesen en más que los modernos? ¿Nos enseña la distribución del día y el empleo de la vida y los fines que los antiguos tenían en más que la vida? ¿Hemos aprendido las lenguas antiguas como aprendemos las de los pueblos vivos, es decir, para poder hablarlas cómodamente y bien? ¡En ninguna parte hallamos una habilidad verdadera, una facultad nueva que sea el fruto de esos años penosos! Sólo hallamos informes acerca de lo que los hombres sabían y podían hacer en remotos tiempos; y ¡qué informes! A medida que avanzan los años me va pareciendo cada vez más evidente que el mundo griego antiguo, á pesar de la sencillez y la claridad con que se presenta delante de nosotros, es muy difícil de comprender, apenas

accesible, y que la facilidad habitual con que se habla de los antiguos no es más que la ligereza ó la antigua vanidad hereditaria del aturdimiento. Las palabras y las ideas semejantes nos engañan; detrás de cada una hay escondido un sentimiento que debería parecer extraño é incomprensible al sentimiento moderno. ¡Este es el mundo en que los niños tienen que desenvolverse! Basta que nosotros hayamos tenido que hacerlo cuando éramos niños, para que hayamos adquirido casi una antipatía definitiva hacia la antigüedad: la antipatía de una familiaridad en apariencia excesiva. La fatuidad de nuestros educadores clásicos, que pretenden estar en posesión de los antiguos, por decirlo así, hace que quieran transmitir esa posesión á aquellos á quienes educan con el pensamiento de que, si bien no puede hacernos felices, al menos basta para los honrados y chiflados ratones de bibliotecas. «¡Que se guarden su tesoro, que es digno de ellos!» Con este oculto pensamiento acaba nuestra educación clásica. Nada hay que oponer á ello, al menos por nuestra parte. Pero al hablar así, no pensamos en nosotros mismos.

196. *Los problemas más personales de la verdad.*—En esencia, ¿qué es lo que hago? ¿A dónde quiero ir? Este es un problema de la verdad que no se enseña en el estado actual de nuestra cultura, y que, por consiguiente, no nos planteamos; pues no tendríamos tiempo para ello. Por el contrario, decir tonterías á los niños y no hablarles de la verdad, decir galanterías á las mujeres que más adelante serán madres y no hablarles de la verdad; hablar á los jóvenes de su porvenir y de sus placeres, pero no de la verdad, es en lo que empleamos mucho tiempo y tenemos gusto. Pero ¿qué

son setenta años que pasar en el mundo? Se acaban bien pronto; ¡y es tan indiferente que la ola sepa dónde la lleva el mar! ¡Hasta puede haber sabiduría en ignorarlo! «Conformes, pero es una falta de orgullo no informarse siquiera; nuestra civilización no crea hombres orgullosos.» Mejor. «Verdaderamente ¿es mejor?»

197. *La enemiga de los alemanes contra el racionalismo.*—Observemos las aportaciones que los alemanes han hecho con su trabajo intelectual á la cultura general en la primera mitad del siglo. Empecemos por los filósofos alemanes: han vuelto al grado primitivo de la especulación, pues se contentan con conceptos en vez de explicaciones, como los pensadores de la época del ensueño, con lo cual han reanimado una especie de filosofía precientífica. En segundo lugar, fijémonos en los historiadores y los románticos alemanes; sus esfuerzos tendieron á restaurar sentimientos antiguos y primitivos: el cristianismo, el alma popular, las leyendas populares, los idiomas populares, la Edad Media, el ascetismo oriental, el indianismo. En tercer lugar, observamos á los sabios, lucharon contra el espíritu de Newton y de Voltaire, trataron de edificar, como Goëthe y Schopenhauer, la idea de una naturaleza divinizada ó endemoniada y la significación moral y simbólica de esta idea. La gran tendencia general de los alemanes ha ido contra el racionalismo y también contra la Revolución, que por un error grosero fué considerada como la consecuencia del racionalismo; la piedad hacia las cosas establecidas tendía á transformarse en piedad hacia lo que estuvo establecido antiguamente, sin otro fin que el de llenar el corazón y el espíritu otra vez y no dejar espacio para las ideas nuevas é innovadoras. Se levantó en-

frente del culto de la razón el culto del sentimiento, y los músicos alemanes, artistas de lo invisible, de la exaltación de la leyenda, del deseo infinito, ayudaron á edificar un templo nuevo con mayor éxito que todos los artistas del verbo y del pensamiento. Sin desconocer que en los pormenores se han dicho y descubierto muchas cosas buenas y que algunas han sido juzgadas más equitativamente que antes, es forzoso reconocer que, en conjunto, esa tendencia constituía un peligro público y no de los menores; el peligro de rebajar el conocimiento poniéndole por debajo del sentimiento, bajo las apariencias de conseguir un conocimiento completo y definitivo del pasado. Hablando en el lenguaje de Kant, que define así su propia tarea: «Abrir nuevamente camino á la fe, fijando límites á la ciencia.»

Respiremos otra vez el aire libre, el momento de ese peligro pasó. Y ¡cosa singular! Los espíritus que los alemanes evocaban precisamente con tanta elocuencia, se han vuelto á la larga los más peligrosos para las intenciones de sus evocadores; la historia, el conocimiento de los orígenes y de la evolución, la simpatía hacia lo pasado, la pasión resucitada del sentimiento y del conocimiento, todo esto, después de haber estado durante algún tiempo al servicio del espíritu oscurantista, exaltado, retrógrado, ha mudado de condición un día y se eleva ahora con mayores alas, delante de los ojos de sus antiguos evocadores y se vuelve el genio, fuerte y nuevo, precisamente de aquel racionalismo contra quien se le había invocado. A nosotros nos corresponde llevar más lejos ese racionalismo, sin cuidarnos de que contra él se hizo «una gran revolución» y «también una gran reacción». Mientras la revolución y la reacción existan, no serán más que

un juego de las olas en comparación de la oleada inmensamente grande en que nos agitamos y en que queremos agitarnos.

198. *Señalar una categoría á su pueblo.*—Tener gran número de experiencias interiores y descansar en ellas y sobre ellas con mirada intelectual, es lo que hacen los representantes de la cultura que señalan una categoría á su pueblo. En Francia y en Italia, esto correspondía á la nobleza; en Alemania, donde hasta ahora la nobleza formaba parte de los pobres de espíritu (puede que no sea por mucho tiempo), dicha misión recaía en los eclesiásticos, en los profesores y en sus descendientes.

199. *Somos más nobles.*—Fidelidad, generosidad, pudor de la buena fama; estas tres cosas juntas, en un solo sentimiento, forman lo que llamamos noble, distinguido, en lo cual superamos á los griegos. Por nada del mundo querríamos renunciar á esto, so pretexto de que los antiguos objetos de estas virtudes han decaído en la estimación general, y con motivo, pero quisiéramos sustituir con precaución por nuevos objetos, los de esa herencia, que consideramos la más preciosa de todas. Para comprender cómo los sentimientos de los griegos más nobles tendrían que parecer vulgares y apenas decorosos, entre nuestra nobleza caballeresca y feudal, no hay más que acordarse de aquellas palabras de consuelo que salen de los labios de Ulises en los apuros más ignominiosos: «Soporta esto, corazón amado; has soportado cosas mucho peores.» Se puede poner junto á este ejemplo, como aplicación práctica del modelo mítico, la historia de aquel general ateniense que, amenazado con el bastón por otro jefe, de-

lante de todo el estado mayor, se sacudió la vergüenza con estas palabras: *pega, pero escucha*. Temístocles fué quien lo hizo, aquel hábil Ulises del período clásico, que era hombre muy á propósito para dirigir á su *amado corazón* aquellos versos de consuelo en un apuro.

Los griegos estaban muy lejos de tener en poco la vida y la muerte, á causa de un insulto, como lo hacemos nosotros, bajo la influencia de un espíritu aventurero y caballeresco hereditario y de cierta necesidad de sacrificio. Por lo mismo, nó buscaban ocasiones de arriesgar honrosamente la vida como los duelos, ni estimaban la conservación de un nombre sin tacha (ó sea el honor) en más que la mala fama, cuando ésta era compatible con la gloria y el sentimiento del poder, ni se curaban de ser fieles á las preocupaciones y á los artículos de fe de una casta, cuando podían evitar el advenimiento de un tirano. El secreto, poco noble, de todo buen aristócrata griego, consiste en esto: una celosa envidia le hace tratar bajo el pie de igualdad á todos los individuos de su casta, pero está siempre apercebido para caer en cualquier momento sobre su presa, el despotismo: ¿qué se le dan entonces la mentira, la traición, la ruina voluntaria de su ciudad natal? La justicia era cosa extremadamente difícil á los ojos de hombres de esta clase; les parecía poco menos que increíble. En los oídos de los griegos, la palabra *justo* suena como *santo* en los oídos de los cristianos. Cuando Sócrates se arriesgó á decir: «El hombre virtuoso es el más feliz», los oyentes no daban crédito á sus oídos y se figuraban haber oído algo extravagante ó loco. En la imagen del hombre más dichoso, veía cada ciudadano de origen noble la falta completa de consideraciones, la pasión diabólica del tirano, que lo sacrificaba todo y sacrificaba á todos á su

orgullo y su deleite. Entre los hombres cuya imaginación maquinaban en secreto la persecución salvaje de esa dicha, la veneración del Estado no podía tener hondas raíces; mas debo añadir que, para hombres cuya ambición de poder no sea tan ciega como la de aquellos nobles griegos, la idolatría del Estado, por medio de la cual se enfrenó antiguamente ese deseo, no es tan necesaria.

200. *Soportar la pobreza*.—La gran superioridad del origen patricio, es que permite soportar mejor la pobreza.

201. *Porvenir de la nobleza*.—La actitud del mundo aristocrático declara que en todos sus miembros, el instinto del poder representa sin cesar un papel seductor. La persona de costumbres patricias, hombre ó mujer, no se permite ademanes de abandono, evita el ponerse á sus anchas delante de la gente, por ejemplo, viajando en ferrocarril no se reclina en los almohadones del vagón, no da muestras de cansancio al permanecer horas enteras de pie en la corte, decora y arregla su casa, no guiándose por la comodidad, sino de manera que produzca la impresión de algo muy amplio é imponente, cual si su casa hubiera de servir de morada á seres más grandes y que viviesen más tiempo que la generalidad de los mortales. A un discurso provocativo contesta con moderación, con espíritu sereno, sin mostrarse escandalizado, avergonzado, abrumado, fuera de sus casillas, al modo de los plebeyos. Así como sabe conservar la apariencia de una fuerza física superior prevenida siempre, procura también mantener hasta en las situaciones más difíciles, por medio de una seguridad continua y de mucha